

# Corín Tellado

## *La invitada*



COLECCION  
**CORAL**

HENTERS-3

—Déjate de filosofías. ¿Qué dice la superiora?

Lana suspiró, resignada. Rod era un orgulloso y no admitía jamás que pudiera depender de nadie. Él se creía superior a todo el mundo y eso dolía a Lana, que supo lo mucho que le costó a su marido salir adelante y además, teniendo la ayuda de los señores...

—Pues dice que la señorita Mae es casi una mujer, que hace cinco años que no salió del colegio y que es un dolor que todas sus compañeras pasen las vacaciones en sus hogares y ella se quede sola en el convento. No me lo pide, Rod, pero me sugiere la idea de traer a la señorita Mae a la hacienda este verano. Total... tres meses pasan pronto...

# Capítulo Primero

—¿Me llamabas, madre?

—Sí, Rod. Tengo que hablarte.

—¿No puedes dejarlo para otra hora?

Lana Brown se acomodó en la orejera e hizo ademán a su hijo para que se aproximara. Rod obedeció de mala gana. Sus fuertes botas pisaron con fuerza la estera, y el barro que de ellas escapaba iba dejando un surco en el suelo, lo cual no asombró a Lana, porque estaba acostumbrada a las «cosas» de su hijo.

—Siéntate, Rod.

—¿Sentarme? Imposible, madre. Tengo mucho que hacer. Los muchachos acaban de llegar del campo, he de revisar el ganado y dar algunas instrucciones para mañana. Recuerda que la siega está a la mitad y si llegan las lluvias...

—Olvídate un poco de tus deberes, hijo, y escúchame unos instantes.

Rod hizo un gesto, y si bien no se sentó, se dispuso a escuchar a su madre. Era un mozo fuerte, muy alto y de ancho pecho. Tendría veintiséis años, si bien las facciones de su cara, muy acusadas, así como sus cabellos crespos y el aire de fortaleza que emanaba de todo él, le daban aspecto de más edad. Tenía el pelo rubio, de un rubio oscuro,

cortado casi al rape y naciendo en punta, sin dominio alguno. Sus ojos, de mirar duro, eran de un tono entre pardo y azul y nunca se animaban, excepto para enfurecerse y reñir a sus hombres. Su boca era ancha, provocadora, y le daba aspecto de labrador embrutecido avezado al campo, del cual apenas si había salido en cortos viajes a la capital próxima.

Vestía en aquel instante pantalón de montar, altas polainas y una camisa a cuadros arremangada hasta el codo, dejando ver sus brazos velludos y fuertes. También se veía su pecho, el cual jamás tapaba, tanto si era invierno como verano. Nunca había estado enfermo, jamás sufrió un resfriado y era, lo que se dice, como un peñasco. Si tenía sensibilidad nadie lo sabía, pues desde muy niño gobernó la hacienda una vez muerto su padre, y jamás vio nadie aquella sensibilidad, si es que existía.

—¿De qué se trata, madre? —preguntó expeliendo el humo de su pipa por nariz y boca.

—He recibido hoy una carta de Francia...

Rod la miró, ceñudo.

—¿Y qué?

—Es de la superiora del convento donde se educa Mae White. Mi deber es consultar contigo y leerte esa carta.

Rod hizo un gesto brusco con su mano grande y callosa. Aquel ademán indicaba que no deseaba saber nada.

—Rod...

—No me la leas —pidió, enfadado—. Dime lo que dice, si eso te consuela, y acabemos de una vez.

Lana estaba acostumbrada al tono seco de su hijo. En la comarca podrían creerle un hombre insensible, un egoísta y hasta un desconsiderado, pero ella era su madre y lo trajo al mundo, lo crio y estudió todas sus reacciones y sabía que bajo aquella capa casi brutal, se ocultaba un gran corazón de hijo y este hijo la amaba entrañablemente.

—Si te explico lo que dice —observó con calma— no será para consolarme, sino para pedirte un parecer.

—Ya sabes, madre, que nunca me agradó que consintieras en ser tutora de esa niña.

—Tiene dieciséis años.

—Como si tuviera veinte —atajó, fiero—. De cualquier modo que sea, una tutela se convierte siempre en una gran responsabilidad y a mí me desagradaba que tú tengas esa clase de responsabilidades.

—La madre de Mae fue muy buena conmigo. Cuando me casé con tu padre, él era chófer de los White y yo doncella de la señora...

—Lo sé, madre, lo sé —se impacientó—. ¿Por qué recuerdas esas cosas? Mi padre era su chófer y tú su doncella. Os casasteis y los White os ayudaron a poner esta granja. No creo que también los White os ayudaran a convertir la pequeña granja en una hacienda importante.

—No. Pero sin los cimientos no hay edificio.

—Déjate de filosofías. ¿Qué dice la superiora?

Lana suspiró, resignada. Rod era un orgulloso y no admitía jamás que pudiera depender de nadie. Él se creía superior a todo el mundo y eso dolía a Lana, que supo lo mucho que le costó a su marido salir adelante y además, teniendo la ayuda de los señores...

—Pues dice que la señorita Mae es casi una mujer, que hace cinco años que no salió del colegio y que es un dolor que todas sus compañeras pasen las vacaciones en sus hogares y ella se quede sola en el convento. No me lo pide, Rod, pero me sugiere la idea de traer a la señorita Mae a la hacienda este verano. Total... tres meses pasan pronto...

—No, madre. No quiero.

—Pero, Rod, hay que ser humanitario. La chica no tiene vocación de monja y dentro de dos años, cuando cumpla los dieciocho, no habrá más remedio que traerla.

Rod quitó la pipa de la boca y la golpeó sin miramiento alguno en el respaldo de un sillón. Lana lo miró, pero nada dijo.

—Tiene dinero —adujo Rod con irritación—. Administro sus bienes desde hace cinco años y puedo asegurarte que es muy rica.

—Lo sé.

—Cuando se tiene tanto dinero... no es preciso vivir con otras personas que tienen menos.

—Pero, Rod. Ahora no se trata de dinero. La señorita Mae está sola en el mundo y fui nombrada tutora por su madre poco antes de morir. Aquella señora bondadosa, llena de ternura, me la confió a la hora de su muerte. Ella sabía cuánto apreció a los White...

—Ya no eras su doncella, madre —adujo, rudo—. Eras la madre de un hombre. Ya no tenía derecho a ordenarte.

—Eres un desagradecido, Rod.

El muchacho golpeó el suelo con el pie.

—Soy un ser humano nada más. Eso es lo que soy. Cuando ellos te ayudaron..., ¿sintieron acaso esa ayuda? Un poco de dinero para quien tiene tanto, poco importa.

Lana se enfadó.

—Rod, me estás dando miedo. Otros tienen dinero y no lo regalan a sus criados. Además —añadió con tristeza—, no estamos discutiendo eso. Estamos hablando de una carta, en la cual se me indica que mi deber es ir a buscar a Mae.

—He dicho que no.

Se dirigió a la puerta.

—¡Rod! —gritó Lana—. Rod, hijo mío, no me disgustes y ven aquí.

—He dicho que no.

Y salió dando un portazo.

Lana se metió en el despacho. Se sentó ante la mesa y, tras dudarlo unos segundos, procedió a escribir. Le decía a la superiora que iría a recoger a Mae a finales de semana y que tendría mucho gusto en tener a su pupila a su lado durante los meses de verano.

A la hora de la cena, cuando Rod entró en el comedor, ceñudo y serio como siempre, Lana dijo con su voz inalterable, llena de ternura:

—He escrito a la superiora... A últimos de semana iré a Francia a buscar a Mae.

Rod la miró, frunció el ceño, y como cuando era niño, se limitó a mascullar algo entre dientes, pero en concreto no dijo nada.

\* \* \*

Mae White penetró en su alcoba y fue, silenciosa, a sentarse en el borde de la cama.

—¿Qué te dijo? —preguntó su compañera, saliendo de las profundidades de un sillón.

—Que vendrían a buscarme uno de estos días.

—¿Qué pena! ¿No le has dicho a la superiora que mi familia deseaba invitarte a mi casa?

—Claro.

—¿Y qué contestó?

—Que tenía una tutora, que esta vendría por mí...

Era una muchacha alta, delgada, de flexible talle Rubio el cabello, azules los grandes ojos, delicados los rasgos de su cara. Resultaba de una distinción innata y de una finura poco común. Era la muchacha más elegante del colegio, y todas la admiraban.

—¿Y te callaste?

Mae sonrió. Al hacerlo se formaban en sus mejillas dos hoyuelos y esto proporcionaba a su rostro un encanto irresistible.

—¿Qué podría decir? ¿Que el príncipe Sergio, padre tuyo, me invitaba a su casa? Eso ya lo había dicho sin ningún resultado. Hace cinco años que estoy aquí —añadió pensativamente—. Todas las vacaciones recibe la superiora una

invitación de tu egregio padre y siempre contesta con una negativa.

—Pero ahora tienes dieciséis años.

—Sí —rio—, por eso quizá viene esa tutora desconocida a buscarme. ¿Sabes que siento verdadera curiosidad?

—Según me has dicho en una ocasión, ella fue doncella de tu madre en su juventud.

—Sí.

—¿La conoces?

—No. Y siento curiosidad por conocerla. Mamá siempre me hablaba de Lana como de una amiga, más que de una doncella. Claro que a los diez años, que fue cuando mamá me habló por última vez..., yo no comprendía bien el significado de unas frases dirigidas a otra persona. No sé...

—¿Y si te llevas mal con ella? ¿Es sola?

—Creo que tiene un hijo. Mamá decía que era un muchacho adusto y poco comunicativo. Ya veremos. De buen grado me iba a la Riviera con vosotros, pero... ya será para otra vez. Después de todo, a los veintiún años soy mayor de edad y tengo entendido que mi fortuna me permitirá viajar con comodidad.

—Papá dice siempre que la fortuna de los White es considerable. ¿Cómo tu madre te dejó en poder de una granjera?

—Se conoce que le mereció más confianza que otras personas.

—Pudo haber sido el abogado, el administrador... un amigo.

—Mi madre, a la muerte de papá, se retiró del mundo, de la sociedad... Estuvo encerrada en el castillo de White muchos años. Cuando yo cumplí los diez y fui enviada a este colegio, mamá ya no recibía a nadie. Cuando luego me llevaron de nuevo al castillo..., mamá estaba muriendo.

—Eso no significa nada para que no te haya dejado bajo la tutela de su abogado.

—Mira, Suzie, de veras te digo que no pienso criticar lo que hizo mi madre antes de morir. Lana será una granjera, pero también será una noble mujer, porque de no haberlo sido, mamá no me dejaba en su poder.

—¿Y quién administra tus bienes?

—Ella y su hijo.

—Ya te veo convertida en una labriega —rio Suzie, que era la elegancia hecha mujer—. Cuando pasen unos años y te vea en el gran mundo..., ¿te reconoceré?

—No seas guasona. Por la cuenta que me tiene, procuraré que no se me pegue demasiado el campo. Y te advierto que me agrada la libertad, campos abiertos e ilimitados.

—Señoritas —dijo una voz desde fuera—. Al gimnasio.

Las dos jóvenes se pusieron en pie y se dirigieron a la puerta. Suzie, hija del príncipe Sergio, le pasó un brazo por los hombros y le dijo al oído:

—Si algún día te cansas de ese campo, escíbeme. Burlaremos la vigilancia de la superiora y diré a papá que vaya a buscarte.

—Eso suponiendo que Lana me lo permita.

—Será fácil de convencer, ya lo verás.

## Capítulo 2

Lana se encontraba inquieta en el gran salón de recibo del convento aristocrático. Parecía lo que Lana era en realidad, una mujer del campo, vestida con un traje negro, vulgar y corriente y unos zapatos algo torcidos en los tacones. Tenía un sombrero ridículo en la cabeza, el cual debió de ser el que llevó al altar cuando se casó treinta años antes y llevaba en la mano un bolso del año del polisón y unos guantes desteñidos.

Así la encontró la elegante muchacha, cuando, tras abrir la puerta, miró con curiosidad a un lado y a otro y se encontró con la mujer extraña, de rostro bondadoso, que la contemplaba suspensa, avergonzada.

—Señora...

—Soy... Lana Brown —dijo con voz quebrada—. Usted..., es igual que fue su madre.

Mae era lo bastante educada para sonreír gentil y no demostrar el gran asombro que la personalidad de su tutora le causaba.

—En efecto, me parezco a mamá. ¿Cómo está usted, Lana?

—Muy bien, señorita Mae, muchas gracias. ¿Y usted?

—Bien, gracias.

Y se calló. Movía las manos sobre el bolso, lo cual denotaba su gran nerviosismo. Mae hizo uso de su desenvoltura, apretó aquellas manos con suavidad y le dijo:

—La superiora vendrá al instante. Entretanto voy a dar orden para que bajen el equipaje al coche. El chófer del colegio nos llevará al aeródromo. ¿Salimos esta misma tarde?

—Eso quisiera, señorita.

—Llámame Mae, y permíteme que te tutee.

Lana se ruborizó.

—Gracias..., Mae.

—Tutéame. Vamos a vivir juntas y quisiera que entre nosotras hubiera esa corriente de simpatía y afecto indispensable para dos personas que van a convivir en el mismo hogar.

—Gracias —susurró Lana, aturdida.

La superiora entró en aquel momento, y Mae se excusó yendo a ordenar al chófer que bajara su equipaje. Una hora después la gentil figura se perdía en el auto del convento junto con la mujer del campo a quien todas las compañeras de Mae miraban con creciente curiosidad. El hecho de que la muchacha más elegante del colegio y una de las más ricas, tuviera una tutora con aquel aspecto humilde y pueblerino dejó a las colegiales desconcertadas. Todas, excepto Suzie, la amiga íntima de Mae, esperaban hallar una dama alta, esbelta, muy bien vestida, mirando a todo el mundo por encima del hombro, y se encontraban con una mujer simple, mal vestida, tímida, acobardada. Hubo los consiguientes comentarios, si bien Suzie los calló con unas pocas palabras.

—Esa mujer fue doncella de la mamá de Mae en su juventud.

Una muchacha morena y alta, que nunca profesó gran simpatía a Mae, se encaró con Suzie y preguntó:

—¿Y por qué la nombró tutora de su hija? No me explico por qué la educa en uno de los colegios más aristocráti-

cos del mundo para luego enterrarse en el campo en una granja próxima a Nueva York.

—Eso no nos importa —saltó Suzie—. No creo que su tutora reste personalidad a Mae.

—Es... de mal gusto.

—Mae iba contenta y no se asombró al ver a su tutora.

Pero en aquello se equivocaba Suzie. Mae se asombró y seguía aún asombrada, si bien lo disimulaba por cortesía. Sabía que su tutora fue en un tiempo doncella de su madre, pero nunca imaginó que aquella doncella resultara una mujer tan tímida, tan apocada y sobre todo tan... vulgar.

Ella era una muchacha adaptable y sencilla, pese a su empaque de niña rica y bien educada. A pesar de todo, le agradó Lana. Tenía ojos de buena persona y su voz era grata al oído. Quizá su madre supo lo que se hizo al nombrarla su tutora. ¿Pero podría ella adaptarse al campo, aunque solo fuera por tres meses? Además, su vida no se componía de tres meses. Pasados dos años, terminaría sus estudios y después tendría que vivir con Lana y su hijo; ¿y cómo era aquel hijo? ¿Parecido a su madre?

## Capítulo 3

**D**e aquel hijo le habló Lana durante el vuelo de París a Nueva York. Ambas, sentadas una al lado de la otra, silenciosas al principio, siendo el blanco de muchas miradas por el contraste formado. De súbito, Lana empezó a hablar como si lo considerara un deber.

La azafata pasó junto a ellas y las contempló. La muchacha era muy joven y vestía a la última moda, con suma elegancia. Sabía llevar la ropa y todo su atuendo guardaba una armonía perfecta. La mujer parecía su doncella, si bien resultaba una doncella demasiado humilde para la joven distinguida. Estas y otras conjeturas se hacían los pasajeros del avión, si bien no escuchaban lo que Lana decía en aquel momento con acento quedo, ahogado.

—No sé si se adaptará a nuestras costumbres, señorita Mae.

—Te pido que me tutees —dijo suavemente—. Si no lo haces, me parecerá que estoy lejos de ti, y quiero estar siempre muy cerca. Mamá te estimaba de veras...

—Gracias. Procuraré complacerte...

—Y en cuanto a adaptarme a vuestras costumbres, ¿por qué no? Me será fácil.

—Deseo hablarte de mi hijo.

Mae enarcó una ceja. ¿Qué podía a ella importarle el hijo de su tutora?

—Háblame, si ello te consuela.

—No es que me consuele; es que lo considero un deber, Rod... —se llama así— no es un muchacho corriente.

Mae volvió a enarcar la ceja, además en ella habitual cuando algo le asombraba.

—¿No es corriente? ¿Y por qué?

—Tiene..., tiene mucho genio, es altivo y mandón y en la granja es el amo...

—Tú eres su madre.

—Sí; pero desde que murió su padre, siendo Rod aún un niño, se acostumbró a ordenar y gobernar a su gusto y no admite intromisiones.

—Lo cual quiere decir que mi llegada... no será de su agrado.

Lana retorció las manos en el regazo y Mae sonrió comprensiva.

—No te preocupes, Lana, No sufras por eso. Sé el lugar que ocupo, sé que soy una invitada en tu casa y sé que no molestaré en absoluto a tu hijo.

—No es eso.

—¿No?

—Yo... desearía que fuerais buenos amigos. Solo hay que comprender a Rod para estimarlo. Tiene muy buen fondo, pero él se empeña en parecer malo y desconsiderado.

—¿Es indispensable que comprenda a tu hijo? —preguntó un poco extrañada.

—Sería... conveniente. Él es el eje de todo aquello. Nuestra granja no es tu castillo de White y temo que en la granja os encontréis con demasiada frecuencia y él...

—Sigue, Lana. Él no deseaba que yo fuera a su casa.

—Pues... Rod... a primera vista resulta incomprensible y además..., parece rudo y mal educado y yo quisiera que no le tomaras a mal nada de cuanto dice o hace.

—Pierde cuidado, Lana —sonrió indulgente—. Sabré mantenerme muy al margen de la vida de tu hijo.

\* \* \*

Mae miró todo cuanto le rodeaba y se sintió un poco fuera de lugar. Sus zapatitos finos, su elegante traje, su maleta de piel de Rusia..., todo era impropio de aquel paraje, en medio del cual se alzaba una casa larga y achatada. Su nuevo hogar. Bien. Sonrió, encogió los hombros y contempló a Lana con ternura.

—Tienes un hogar acogedor, Lana —dijo amable—. Un hogar campestre, y me agrada la pradera y el bosque y cuanto desde aquí se divisa. Sé montar a caballo y me gustará dar grandes paseos por el campo. ¿Ahora... puedo descansar? Estoy rendida.

Las miraban con curiosidad. Nadie en la granja ignoraba que Lana tenía una pupila rica, la cual se educaba en un elegante pensionado francés y sin duda era aquella joven bonita y distinguida que de pie junto al porche lo contemplaba todo con ojos muy abiertos llenos de curiosidad.

—Sígueme —dijo Lana—. Te acompañaré a tu cuarto.

Mae entró en la casa. El vestíbulo era largo y ancho, pero carecía de adornos. Allí se vivía algo primitivamente y una vez más se preguntó Mae con qué objeto su madre la dejó en poder de una granjera cuando, si hubiese querido, tendría amigos de sobra para la tutela de su hija. Bien, había que resignarse y no asombrarse de nada.

Siguió a Lana a través de pasillos y alcobas y al fin se detuvo en una.

—Aquí es —dijo Lana—. No sé si te gustará. Espero que... sepas disculparme.

A Mae le entró algo parecido a la emoción. Aquella mujer llamada Lana era una persona de veras. Una persona lle-